

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA

2 de marzo de 2003

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

Estos tres domingos antes del primero de Cuaresma, como ya todos sabemos, nos preparan para esta gran época de la Iglesia que la liturgia vive cada año y en la cual quiere que todos los fieles nos dispongamos a través del sacrificio, el ayuno, la oración y la mortificación para celebrar la gran Pascua de nuestro Señor; ese es el significado de estos tres domingos a partir de Septuagésima que preludian la Cuaresma y nos preparan a ella.

El evangelio de hoy nos muestra cómo nuestro Señor anuncia su muerte y su resurrección a los apóstoles. Su muerte y pasión anunciada por los profetas según las Escrituras. Prepara, pues, a sus apóstoles a su pasión y muerte. Y en el mismo evangelio, como relata la Tradición, el ciego Bartimeo le pide a nuestro Señor a su paso que le dé la luz, la vista y nuestro Señor antes de hacer el milagro, sabiendo muy bien lo que quería, sin embargo le pregunta “qué quieres” para hacer resaltar ese deseo de ver del ciego.

Después de obtener la respuesta le dice que se haga según su fe para mostrar la importancia de ella. Para que nosotros veamos la necesidad de esa luz sobrenatural que es un fulgor sobrenatural de los misterios de las cosas de Dios a las cuales se adhiere nuestra alma movida por la voluntad bajo la gracia de Dios y por eso es la primera de las tres virtudes teologales, la fe. Sin ésta no hay el fundamento de la caridad ni de la esperanza, por eso es tan importante.

Es necesario que nosotros vivamos bajo el influjo de Dios, de la luz divina, porque no tener la fe sobrenatural es peor que ser un ciego, que no conoce, que está en tinieblas, en la oscuridad; así pasa en el orden sobrenatural con todos aquellos que no tienen la fe, por eso debemos nosotros cada día pedirla más y ser fieles, para no perder con el pecado de infidelidad, el único que hace perder la fe, la luz sobrenatural de Dios. Y ésta no la tienen ni los protestantes, ni los judíos, ni los musulmanes, ni los budistas; esa luz sobrenatural la tiene exclusivamente la Iglesia católica, apostólica y romana. De ahí el imperativo de pertenecer a ella para que nos dé esa fe que recibimos el día del bautismo y que debemos mantener como una luz, como un candelero, como un cirio, como el pascual que simboliza nuestro Señor, siempre encendido. Que así alumbré nuestro camino, nuestra vida e irradie en la sociedad que hoy vive en las tinieblas de la confusión y del error, del pecado por esa falta de visión teológica de las cosas y misterios de Dios.

El justo vive de la fe, que es imprescindible para nuestra alma y hoy más que nunca cuando todo se confabula para destruirla, para acabar la Iglesia católica, el sacerdocio, la Santa Misa, la religión católica, apostólica y romana. Por eso es una gran herejía el ecumenismo que hoy se predica haciendo creer al mundo que todas las religiones son más o menos camino de la salvación; que cada uno es libre para elegir la que quiera de acuerdo con su conciencia, como enseña la herética libertad religiosa; y hay que decir que lo es porque es sacrílega.

Si soy católico no puedo pensar que nadie es libre para elegir la religión ni el dios según su conciencia, según su parecer, según su capricho; eso es absolutamente falso. Todo se confabula para hacer perder la fe a los fieles, obra maestra de Satanás bajo el imperativo de una falsa e indiscreta obediencia, peor que el acatamiento al cuarto mandamiento invocado para que un padre pueda prostituir a su hija.

Es peor cuando se nos pide someternos en contra de la fe, que cuando un padre le solicita en nombre de la sumisión y del cuarto mandamiento a una hija que se prostituya. Y si eso que digo les escandaliza, lo hago para que nos sorprendamos mucho más de esa falsa docilidad que hoy se pregona en nombre de Dios para que nos corrompamos en el error.

Debemos salir de esa anemia espiritual en la que estamos viviendo y en la que nos estamos acostumbrando perdiendo el verdadero espíritu apostólico, que es de de conquista y de combate sobrenatural y que no predica una falsa paz en el error. Nosotros debemos permanecer fieles aunque nos toque estar solos contra viento y marea, pero dando testimonio de fidelidad a la Iglesia, a nuestro Señor, perseverando en su sana y santa doctrina y no haciendo lo que vemos hoy; ni decir, ni seguir ese mal ejemplo que nos lleva hacia el infierno haciendo también de este mundo un averno. Porque ¿qué son si no, todas estas guerras, esas violencias, esos crímenes, esos pecados, sino la antesala del abismo? Por eso la necesidad de la luz de la fe, por eso nuestro Señor le da la visión a este ciego en correspondencia a su fe, a la que él expresó al decir: "Hijo de David", que era de un contenido mesiánico.

Pero como dice San Pablo en la epístola de hoy, sin la caridad todo sería vano, y por ello es necesario el verdadero amor sobrenatural a Dios y al prójimo por amor a Él, porque sin caridad todo es vano, todo es vacío, todo es vacío como una campana, hueca, tribal, pero que hace ruido. Hoy se necesita una caridad heroica como la que tuvo monseñor Lefevbre para creer en ella hecha carne, en ese amor de nuestro Señor expresado en el Sagrado Corazón, manteniendo así la obra de la redención a través de su pasión y muerte en la Cruz, la cual continúa hasta el fin de los tiempos con el sacrificio de la Santa Misa. Ésta, que expresa la caridad del amor de Dios, su obra redentora. Por eso Satanás quiere hacer desaparecer la caridad y hacer desaparecer esa expresión de la piedad de Dios que expresa la Santa Misa.

Por eso inventaron una misa nueva que ya no se llama sacrificio, en la cual el sacerdote es un presidente que dirige una cena en medio de los convidados, pero donde no quedan rastros del sacrificio de la Cruz, de esa ella que venció a Satanás; que por eso pretende destruir a la Iglesia acabando la Santa Misa y el sacerdocio. No hay mayor caridad que esa, la de continuar el misterio de fe expresado en la Santa Misa y la de que un sacerdote sea fiel a la de siempre.

No es lo mismo la nueva misa porque ellos mismos así lo reconocen; los protestantes la concelebran, cualquiera comulga en ella, no hace falta confesarse ni falta alejarse del pecado; ya no existe el infierno, todos somos hermanos y lo mismo vale Cristo que Buda y el que esté con la nueva misa. ¿Y todo eso no es una herejía, una apostasía?

Si queremos seguir el ejemplo de la caridad, de la verdadera; debemos continuar en el amor de nuestro Señor y de su sacrificio manteniendo el auténtico culto, la verdadera misa, aunque sepamos que vamos a ser atacados como no lo será ninguno ni nadie, porque no se ataca hoy sino solamente aquel que quiere conservar la Tradición de la Iglesia católica, apostólica y romana, como monseñor Lefebvre y monseñor de Castro Mayer.

Ese es el único pecado, permanecer fieles a nuestro Señor, a su fe, a su culto, a su Misa, a su redención. Por eso no es de extrañar que hoy la Iglesia se adentre cada vez más en su parte humana en esa pasión, la de la Iglesia, por manos de sus mismos jefes, de sus mismos sacerdotes que están aliados con el mundo y a través de esa alianza con él están ligados con el príncipe de este mundo, que es Satanás.

Pero la Iglesia triunfará al fin y al cabo; claro que ese logro es por los fieles que permanecen heroicamente adheridos a la Tradición sacrosanta de la Iglesia católica y no es facultativo ser tradicionalista. La Iglesia católica es tradición por esencia y todo católico lo es; luego, todo católico verdadero tiene que ser tradicionalista y no modernista ni progresista; es una aberración que un católico lo sea. De allí la necesidad de que al entrar en esta Cuaresma sepamos ofrecer esta pasión de nuestro Señor por la cual pasa la Iglesia y que permanezcamos nosotros fieles a Él, a su amor verdadero, a la Santa Misa, al verdadero culto de la Iglesia católica y que no nos importen los ataques del enemigo porque al fin y al cabo el triunfo será de la verdad, de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Pidámosle a nuestra Señora, a la Santísima Virgen María, permanecer de pie ante la crucifixión de la Iglesia como Ella permaneció de pie ante la de su Santísimo y divino Hijo. +